

ANTONIO GARRIDO DOMÍNGUEZ

CADÁVERES

EN EL PUENTE NUEVO



Capítulo I

Soportar inacabables oleadas de fuego y torrentes de sangre, soldados agonizantes o desplomándose con su vida extinta a tus pies y a tus espaldas era lo que estaba viviendo. Luchaba —tampoco lo tenía claro, ni el momento era el más apropiado para decidir— por tener un segundo de lucidez y pensar si lo más conveniente sería abrirse camino como fuera, buscar la oportunidad de escapar por un hueco expedito todavía sin cubrir, algo utópico en la situación en que se hallaban él y los demás; para esconderse donde nadie pudiera verle, o bien, sin otra opción, obligado a continuar disparando su arcabuz o, cuando la figura de un enemigo, tan próxima que llegaba a confundirse con la suya, preferir el uso de la espada, de castellano acero, con el posible riesgo en ambos casos de matar a sus propios compañeros en el desconcierto provocado por los extenuantes y tremendos enfrentamientos cuerpo a cuerpo.

Densa era la muralla de hombres en la que se veía envuelto, constituyendo la zona donde combatía una parte ínfima de la formada por las ralas huestes de soldados españoles y la vasta muchedumbre de indios. Difícil de calcular su número, ya que no dejaban de incorporarse nuevos efectivos, desnudos de medio cuerpo, pintados en pecho y rostros, una estudiada manera de

atemorizar al enemigo. Feroces en sus gestos e implacables a la hora de no perdonar a los inermes, desprotegidos soldados a los que con rabia, con una saña que parecía que rumiaban de siglos, degollaban, cortaban miembros, arrancaban armaduras e incluso corazones de su cavidad torácica para exhibirlos como trofeos.

Irisadas plumas arrancadas a aves tan extrañas como ellos, pero que, si en los alados animales eran motivo de ornamento y de alegrar la vista a quien los contemplara, en ellos se empleaban para proclamar el estado de guerra absoluta, sin treguas, hasta llegar al total exterminio de un enemigo al que había que aniquilar, que ni el recuerdo quedara del paso por sus tierras; que habían llegado, no de los cielos, como en un primer momento creyeron, sino que eran de carne y huesos como ellos; que venían a arrebatarles sus dioses y leyes, a imponer los suyas, y no porque nadie los hubiera llamado.

A la llegada a este vasto imperio, la presencia de las tropas castellanas fue motivo de alarma para los indígenas, que huían atemorizados evitando a toda costa hacerles frente. Envalentonados, no fue buena idea la de por la fuerza querer ganar adeptos para la religión católica, con iconoclastas batidas en las que se destrozaba, para que no quedara huella alguna, a sus ancestrales ídolos y templos, y matanzas sin sentido llevadas a cabo por capitanes y jefes a los que Bartolomé obedecía. Casi siempre una razón oculta la podía rastrear en el fin último de estas sangrientas orgías. No existía otra causa en ellas que no fuera hurtar, apropiarse de lo que de ningún modo les pertenecía, no importando dejar a su paso una despiadada carnicería.

No acertaba a adivinar si estos demenciales atropellos de indígenas, realizados por algunos de sus capitanes u oficiales, habían llegado a oídos de Cortés; y, de ser así, si este, por su parte, intervino para cortarlos o si había hecho oídos sordos a lo que le refirieron sus hombres de confianza. Fuera cual fuera su resolución,

sabida o ignorada, el mismo Cortés, y con él todos los que en este momento participaban en la batalla, pagaba las consecuencias y cómo: viviendo un infierno en el que infinitas hogueras, con las llamas que desprendían, los estaban letalmente engullendo. También a él, un soldado anónimo, sin historia militar, llegado al Nuevo Mundo desde un rincón de la soleada Andalucía. Con el exclusivo ánimo en la aventura americana de mejorar la situación de pobreza que en el pueblo arrastraba, trabajando cuando podía, en campos de enorme fertilidad y extensión, pero que no eran suyos, ganando un jornal que apenas les daba para comer a Bartolomé y a sus progenitores, que de él dependían.

Milagro que aún sobreviviera, tornándose su estancia en América, mitigada la pobreza, en una aventura de vida o muerte, sin más daño de momento, pese a todo, que ropas destrozadas y chamuscadas, aquellas que no cubrían del todo el ensangrentado metal de su coselete, y algún desgarró que otro en esas zonas del cuerpo menos protegidas. Los broqueles, los pocos que todavía a duras penas resistían, eran objetos inútiles para detener a la multitud de lanzas, flechas, tizones voladores y piedras que recibían. Las alabardas, cuando no en el suelo por el irresistible empuje de la masa vociferante que les hacía retroceder, habían cambiado de dueños, siendo ahora los indígenas los que las empuñaban para hundirlas en los pechos y vientres de los infelices soldados.

Los caballos, esos animales que tanto habían maravillado por desconocerlos a los indígenas cuando fueron contemplados por vez primera, nada más ancladas las naos de Colón, y que se presumía que fuera ayuda decisiva para inclinar de su lado la victoria, yacían en tierra, exánimes, sin vida o agonizantes, constituyendo un estorbo para la lucha cuerpo a cuerpo. Perdida la veneración de antaño a lo que en principio consideraron un todo, a animal y hombre, un solo cuerpo los dos, un ser fantástico, la masa compacta que formaban los miles de enfurecidos seres se abalanzaba

con la ira de un enjambre de abejas ante un intruso que quiebra la intimidad de su colmena, en ingente y formidable acometida, contra las tropas de caballería, asaetando animales o apoderándose de sus bridas para derrumbar a jinete y caballo, y allí aniquilar a ambos.

Solo él, Bartolomé García, y unos cuantos, el pequeño grupo asediado de una veintena de hombres resistían como podían, aunque no por mucho tiempo. Los embates, las cuchilladas y los alaridos, apabullantes armas, eran para los decaídos ánimos. Tremendos los gritos que presagiaban una pronta muerte y el fin para la mayoría de su aventura en unas tierras remotas, a las que habían llegado para hacer fortuna.

De súbito, la irrupción de una tropa de medio centenar de soldados, los que quedaban de una diezmada compañía, intentó abrirse paso por uno de los flancos más despejados. Su pretensión, no de combatir, salvo que los detuviera el enemigo en su impetuoso avance y se vieran obligados a defenderse con uñas y dientes. Esquivando obstáculos, como mejor podían, trataron de cruzar las filas de los que luchaban, buscando una superficie libre de enemigos. Daban protección a una pequeña comitiva central en la que unos cuantos animales cargaban con varios cofres de madera o tiraban de un carro con numerosos bultos. Valioso debía ser lo que transportaban acémilas y tartana, dado que los componentes de la tropa en ningún momento perdían de vista a la mercancía con harto celo custodiada, mientras que apresurada y esforzadamente se abrían paso entre los numerosos obstáculos de cuerpos y armas caídos, que sembraban el campo de batalla

Lo que se preveía una empresa de cómoda realización, por la escasa afluencia de enemigos por esa zona, en breves instantes se frustró. Antes de que pudiera la cerrada tropa de soldados y oficiales ganar terreno fuera de donde se libraba la gran batalla,

se vieron rodeados, acosados, por una masa de indígenas que, abalanzándose sobre ellos, les cortaba el camino por doquier. Bien pertrechados, sin embargo, de toda clase de armas, cuchillos, espadas, pistolas y arcabuces, los castellanos se dispusieron a vender cara su vida, atajando las feroces embestidas de unos contrincantes muy superiores en el número de hombres, pero no de útiles con que exterminar a sus enemigos.

Bartolomé García, que algo lejos no perdía de vista a la escaramuza que libraban sus compañeros y que con redoblado denuedo se defendía para mantenerse con vida, pensó que si alguna posibilidad tenía de sobrevivir sería engrosando el grupo de sus compatriotas. El número de estos y las armas que esgrimían le merecían una confianza mayor a la hora de combatir; al menos con cierta igualdad, no como ahora lo hacía, con una clara desventaja. De continuar allí, una muerte segura le esperaba. Es lo que les había sucedido a los que a su lado luchaban. Esquivando flechas, lanzas y piedras, emprendió una carrera que con muchos apuros y alguna caída, sin apenas poder respirar, le llevó a donde él quería estar.

Abrumados como estaban dando y recibiendo mandobles y golpes, combatiendo para tenerse en pie, apenas se apercibieron de su llegada ni de que se trataba de un soldado más que se les unía dispuesto a repeler la furia de las tropas indígenas. No hubo cambio alguno en la bélica actitud de Bartolomé, que siguió aferrado a lo que venía haciendo, pelear como todos, pero ahora más protegido. Era eso o decir adiós a este mundo. Procuró por todos los medios adentrarse por entre la barrera de sus compañeros y oponentes y alcanzar el centro, donde más seguro estaría y donde se hallaban corceles y carreta con fardos y cofres de regular tamaño, de un contenido que ignoraba, pero que, a tenor del denuedo con el que se le salvaguardaba de caer en manos que no fueran las castellanas, valor excepcional debían tener.

Matanzas tras matanzas por un lado y por otro. La duración de la extenuante batalla después de unas horas sin reposo se aproximó a un pronto final. Pese al gran número de ellos que yacían en el suelo, se imponía la manifiesta superioridad del grueso de indios, que no dejaba de aumentar. Poco les importó que los castellanos hubieran abatido a centenares de los suyos. En ningún momento se los veía amedrantados; si uno caía sin vida, una treintena más venían a exponer la suya o a despojar la de uno de sus odiados opresores. Con el empuje temerario de los indígenas, su avance se hizo imparable. Vencido el cerco de los hispanos que defendían la segunda línea, los que custodiaban la carga transportada por carros y caballos vieron muy cercana su muerte. Por todos los medios trataban de hallar un resquicio por donde huir poniendo a salvo la mercancía que custodiaban. Sus defensores sin vida, enseguida parte de ella estuvo en manos de los indios y el carro y dos de los tres caballos yertos en el suelo. Una súbita e incontrolable curiosidad de los nativos por ver el contenido de las sacos, baúles y cofres dio la oportunidad a Bartolomé, como único superviviente castellano, de saltar sobre el corcel restante a todo galope, sin que ninguno de ellos, enfrascados como estaban apoderándose de los tesoros que descubrían, intentaran detenerlo.

Con la noche avanzada, libre de daños de consideración, las densas sombras le protegieron para salir del campo donde se había librado la batalla. Lo preciso de momento era no cejar de espolear a su caballo, que, cargado como iba, no podía correr todo lo que le exigía su jinete. El hondo silencio que lo rodeaba solo lo rompían el sonido de los cascos y respiración agitada de su cabalgadura. Cada vez iba quedando más alejado de esa épica lucha sostenida con los nativos. La que jamás él o cualquier de los escasos supervivientes, y menos que nadie su caudillo, Hernán Cortés, olvidarían.

Incontables —pensaba— las penalidades sufridas desde aquel día de 1504 en el cual, un tanto satisfecho y confiado, se embarcaba en el puerto Palos, en Huelva, a bordo de uno de los cinco navíos de un armador onubense cargados de mercancías, y el deseo de hacer negocios en las Indias, recién descubiertas. En otra de ellas viajaba, asimismo, el extremeño Hernán Cortes, de su misma edad, como supo más tarde, que, sin desdeñar el señuelo de las riquezas, más soñaba con vivir aventuras extraordinarias, de tantas como se contaban acaecidas desde el insólito descubrimiento de las nuevas tierras. Algo sabían los que gobernaban las naves, los considerados como expertos en ese arte, de las amarguras y peligros a los que se exponían, parecidos o peores a los que tuvo que enfrentarse Colón antes de cantar victoria, cuando empeñado estuvo buscando el remoto horizonte de perdidas e inexploradas tierras. No esta tripulación, desde luego, simples marineros, hábiles en la pesca de arrastre, la que llevaban a cabo sin sobresaltos en las quietadas aguas marítimas andaluzas; y menos él, Bartolomé García, y otros como él, de tierras adentro, alejadas del mar, elemento al que nunca habían tenido que explotar para ganarse la vida. Casi en voz baja tenía que decirlo para que nadie lo oyera, pero su alistamiento en la marítima expedición le había permitido contemplar las aguas verdes y azules, según la hora, del mar por vez primera, extasiado por su cabrilleo y el insospechado y bronco ir y venir de las mareas, unas veces a sus pies y otras alejadas de estos.

Su experiencia, pues, con las cambiables aguas del mar se ceñía y limitaba a los días de su llegada y a los de su cotidiana contemplación mientras permaneció allí. Tanto fue así que una vez a bordo, antes de emprender la navegación, se sentía un completo extraño, alguien que, extraviado por error, había arribado a un lugar que no era el suyo ni nunca podría serlo. La dura labor de esos días precedentes —de limpieza de camarotes y cubiertas, de tensar

cuerdas, frotar mástiles, alzar velas, colocar equipajes, barriles con agua y provisiones para un viaje de una duración, aunque no calculada en su total extensión, con seguridad de meses— le permitió dejar un poco arrinconada en su mente toda esa inquietud de desorientación, de estar acometiendo una osadía sin límites al aventurarse a surcar unos horizontes azarosos y remotos, desconocidos para él.

Amaba el campo donde había crecido, en humilde vivienda, con una diminuta huerta al fondo. Numerosos los sinsabores que roturar la tierra conllevaba, mas pocas satisfacciones superaban, con algo de suerte y bondad de los cielos, a la de ver crecer la sementera y luego la de cosechar el fruto en sazón. Muy pronto, casi en su niñez, vino a darse cuenta de ello cuando se trataba de labrar la tierra y cuidarla, una propiedad, además, que no era la suya, sino de otros; de los ricos del pueblo, que no se cortaban, ni siquiera poniendo excusas para justificar pagar un jornal mísero a quienes debían todo el sustancioso producto que al final de las distintas estaciones venía a sus manos y a su desmedida ambición.

De adulto la situación se hizo insostenible, bien porque en ocasiones tenaces temporales y gélidos inviernos le impedían trabajar; otras, por la creciente mezquindad con que se premiaban sus desvelos, el cariño que le ponía a la tierra, salario que no daba para alimentar a todos, a él y a sus padres ancianos, sin más ayuda que la suya. Pensó en buscar otra clase de trabajo que al menos, aunque distinto, fuera mejor recompensado que lo era el actual. Pero ¿dónde ir si no conocía otro lugar que no fuera este donde había nacido ni otro oficio desde niño que el de la labranza?

Por un paisano amigo que también quería formar parte de la expedición, se enteró de la que se preparaba en Palos. Se necesitaban hombres jóvenes y fuertes. Tiempo le faltó para intentarlo. Despidiose de sus padres y, con unos arrieros que partían para Huelva, se marchó para alistarse, si es que lo admitían. Pero

incluso con su manifiesta inexperiencia marítima, por la falta a última hora de algunos hombres, no tuvo el menor problema en ser aceptado.

Llegados a la Nueva España, allí permaneció unos años realizando trabajos ocasionales y bien pagados, hasta conseguir uno fijo en la hacienda que Cortés había comprado con la intención de explotarla y ganancias obtenidas ejerciendo el oficio de escribano. Se ocupó entonces en lo que más entendía y mejor se le daba, en una labor que siendo la misma era menos cansada que la que realizaba en Andalucía, y una mayor fortuna al ser encargado de una cuadrilla de obreros. Para Hernán Cortés no había pasado desapercibido el carácter esforzado y cumplidor del andaluz.

Su agradecimiento por la consideración con que lo trataba Cortés motivó que cuando este, que había pasado a desempeñar el cargo de secretario del gobernador Diego de Velázquez, se puso al mando de una expedición de seiscientos hombres y varias naves para explorar nuevas tierras, él se arriesgara a ser uno de la partida, siempre contando con lo que podía sacar de beneficio.

Lo que ni Diego Velázquez —ni menos Bartolomé— llegaría a imaginar sería que lo que se proyectó como un viaje para adentrarse por nuevas tierras, con ánimo comercial y de descubrimientos, hollando el corazón de inhóspitos pueblos de costumbres extrañas, para informar luego al gobernador a su vuelta, terminaría por convertirse en empresa militar, de conquistas continuadas, con un caudillo de leyenda, en las que los enfrentamientos, debido al ingenio y sagacidad de Cortés, fueron escasos y, cuando se produjeron, favorables a las huestes hispanas. De ahí que progresiva e inconscientemente, como muchos de la expedición, Bartolomé García, catorce años después de abandonar su país y su Andalucía natal, viera cómo su antiguo modo de vida, rural y monótona, se iba transformando hasta trocarse en lo que nunca creyera: en la de un soldado con todas las de ley, de los de

arcabuz, ballesta o alabarda, de los que en combate, si te atacan o te defiendes y hieres, matas o te matan.

Desde el éxito de esas campañas, con un primer destino en Cuba, fue un no parar. Pese a las disensiones con Diego de Velázquez —que se sintió traicionado por no acatar las órdenes que había dado a Cortés, en el que, además, veía un competidor en la carrera hacia más altos cargos y prebendas reales—, el extremeño pondría a los pies de la Corona española un imperio tan poderoso como el mexicano, despojando del trono a su emperador Moctezuma.

No era Bartolomé de los que se exaltaban con las glorias de las conquistas y sus bélicos triunfos, pero ciertamente se sintió conmovido el día en que llegaron a las puertas del palacio del hasta entonces emperador de los mexicanos, en una ciudad de nombre extraño, y que, a pesar de sus obligados progresos en la lengua indígena, le costaba pronunciar: Tenochtitlán. Una enorme multitud de nativos, de abigarradas vestimentas e irisadas plumas en la cabeza, posiblemente lo mejor que tenían para vestir y adornarse, vitoreaban en su idioma el paso de nuestras tropas. En una fila interminable de guerreros indígenas, los que parecían ser sus capitanes se arrodillaban ante la presencia de Cortés, que con paso lento y autoritario comenzó a subir los alfombrados escalones que conducían a la entrada del palacio. Allí, con deslumbrantes vestiduras y colgantes de joyas desconocidas en cuello y brazos, le esperaba Moctezuma para recibirle y cederle, en suntuosa ceremonia, sumiso, el poder que hasta entonces había tenido sobre miríadas de hombres y pueblos.

Para evitar cualquier adversa eventualidad y mostrar al mismo tiempo su fortaleza, Cortés, como capitán general, se hacía proteger de una compañía de quinientos peones, trece caballos y siete piezas de artillería, suficientes para amedrantar a los nativos y, asimismo, de un nutrido grupo de indígenas de pueblos que odiaban a Moctezuma, pero al que por miedo obedecían.

No sería Bartolomé de los españoles que unos días más tarde volvieran al palacio con distintos fines de reconocimiento y valoración de sus objetos, aunque sí, luego, cuando llegaron al campamento, los oyó contar de las maravillas que guardaban los amplios salones y anchurosos patios, y en especial, que en esa visita de inspección dieron, oculto tras un tapiz, con una cámara secreta en la que se guardaba una insólita riqueza en oro, pedrería, joyas y figuras de dioses, con toda clase de diamantes incrustadas.

Llegando a este punto de sus recuerdos, mientras seguía cabalgando, no se detuvo Bartolomé a indagar cuál podría ser el contenido del cofre, no pequeño, que, bien sujeto con correas y candado, transportaba el animal que montaba. No era ambicioso. Se sentía bien pagado. En las requisas en los pueblos que sojuzgaban, hacía el reparto Cortés del botín, un quinto era para el rey, y otro para el propio Cortés, y luego, tras deducir gastos de mantenimiento, poco quedaba para los soldados, que airadamente protestaban maquinando rebelarse. Con relación al cofre que ahora él llevaba, con claridad había oído balbucear a uno de los soldados que custodiaban la mercancía, en el momento en que veía cercana su muerte: «De la Corona, de la Corona», unas palabras que se le habían quedado con fuerza grabadas en la mente.

No era el momento de abrirlo. Herméticamente cerrado estaba. No disponía de llave, que estaría en poder de algunos de los compañeros muertos. En esa actitud de no tocar lo que no le pertenecía, se mantuvo a lo largo de una interminable travesía, desde Veracruz a España, en nave que con diversas cargas y algunos pasajeros hacia allí se dirigían. Una vez en Andalucía, tiempo habría para decidir qué hacer o esperar que alguien en nombre del rey viniera a reclamarlo a ese rincón perdido entre montañas que era su ciudad, una pequeña que en tiempos no muy lejanos fue famosa e inexpugnable fortaleza musulmana y en la que, muertos sus padres, a nadie tenía, pero a la que echaba de menos: Ronda.

Capítulo II

¿No se trataría de un sueño? Realidad u onírica actividad de la mente en reposo, lo cierto es que desvanecido, fuera lo que fuera, estaba. Pero que de sueño no tenía nada lo probaba su presencia, la de ella, Luisa María de Villalón, en el galeón que la transportaba a España. En lontananza, en un día despejado, se distinguían las apacibles costas mexicanas con minúsculas embarcaciones varadas y otras de mayor tamaño, como bergantines y carabelas, las más numerosas, faenando o camino de hacerlo en las aguas centelleantes de un mar en calma. A todo lo acaecido como un sueño, por lo hermoso, se le podía considerar mientras duró. Lamentar había, en cambio, su brevedad, que en circunstancias normales se hubiera prolongado unas décadas más.

Los cinco años de virreinato de su esposo Agustín no habían sido suficientes para que él ni ella llegaran a conocer en profundidad el inmenso territorio que gobernaba. Inabarcable la extensión política de la Nueva España, que no se limitaba al país de México, donde tenía su centro, sino que abarcaba mundos tan apartados como los de América del Norte, América Central, Asia y Oceanía. De momento, el virrey se sintió satisfecho con manejar a ese otro mundo, vasto también, pero más al alcance de

su mano, el país donde tenía su sede, México, con costumbres tan diferentes a las que conocía y tantos asuntos cotidianos por dilucidar. Una vez en tierra, tras el cansado e interminable viaje desde España, en las continuas paradas de agasajo en numerosas poblaciones en su camino hacia la ciudad de México, sede de los virreyes hispanos, una buena idea adquirieron Luisa María y Agustín de lo que constituía parte del territorio que iban a gobernar.

Los cinco años merodeaban por la mente de Luisa María atados a algún festivo o penoso recuerdo. Transcurridos habían con la celeridad del vuelo de un halcón tras su perseguida presa. Al cabo de ese tiempo, la muerte de Agustín marcó de golpe el final de cuantas esperanzas se había forjado el matrimonio de un feliz y prologado virreinato.

De más muertes, de las que rasgan el corazón en mil trozos, se tiñó este fugitivo período de los cinco años para los virreyes. Quizás, la más cruel y despiadada para Luisa María, como madre, la del pequeño Agustinito, de solo dos años, cuando de la llegada de sus progenitores a México no había transcurrido más que uno. Y en unos días en los que la corte ardía en fiestas, que se celebraban para darse ellos a conocer al pueblo y a la nobleza hispana residente en la ciudad. La agudeza y penetración del inmenso dolor tardaría meses en retirar su cuchillada y en apagar la angustia de contemplar la postrera imagen de su hijo Agustinito yaciendo envuelto en sayal benedictino y ornado su cuello exánime con un collar de piedras preciosas y guirnalda de brillantes. De nada se les podía culpar a ellos, que desde la aparición de los primeros síntomas en el pequeño del corrosivo mal no dejaron de encomendarse a vírgenes, santos y santas de su devoción. Y menos su madre, que cuando no fueron remedios útiles, sino fracasos, los que les proporcionaron galenos, científicos y luego curanderos indígenas, con sus ungüentos, hierbas y pócimas que se decían milagrosas, emprendió una tarea de mayor envergadura, tal fue la de

embarcarse buscando socorros distintos en una azarosa travesía. Haciendo caso omiso de los que la advertían de la peligrosidad en esa época de los mares, encrespados, altaneros, pendencieros en contra de la voluntad de su marido, que consintió a regañadientes, hacia la abadía de Monserrat, cercana a Barcelona, dirigió sus pasos, acompañada de veinte pobres, a los que a su regreso premiaría con la generosa limosna de cien pesos.

En su lujoso camarote, nunca, salvo a la hora de subir y a la desembarcar, holló la virreina la cubierta de una nao expresamente flotada para ella, sin más tripulación que la necesaria para gobernarla, una docena de servidores y los veinte mendigos, pendientes de cumplir sus órdenes. Ella, a invocar santos, rezar plegarias y no desprenderse del rosario, en constante uso, y plegarias que a la milagrosa Virgen de Monserrat, con lágrimas en los ojos, elevaba.

Casi a intervención divina atribuyó Luisa María que un viaje lleno de malos presagios, por el mes de la estación invernal en que se inició, el hosco diciembre, se desarrollara sin tempestades ni ventarrones adversos de mención, epidemias ni infecciones, frecuentes en tan prolija navegación, llegando indemne ella y el resto a suelo español. Con la máxima celeridad, en carruaje tirado por tres corceles y la guardia propia a su lado, protegiéndola de cualquier inesperado percance, tomó el camino de Monserrat.

Poco cuajó la intención de la virreina de pasar desapercibida y que constara su presencia como la de un peregrino más de los que se acercaban a la abadía para cumplir una promesa. Nada más subir la marquesa las agotadoras cuestas y penetrar en el monasterio, transportada, cuando el camino se hizo en imposible por escarpado y sinuoso para la carroza, en litera a hombros de cuatro portadores, la totalidad del claustro de benedictinos, con su abad a la cabeza, aguardaban expectantes en estricto orden jerárquico, con el coral acompañamiento de una escolanía de angélicas voces.

Luisa María quedó algo turbada por un recibimiento que no esperaba y en el que vio, ya que no hallaba otra explicación, la mano de su esposo, que se habría apresurado a enviar mensajeros con antelación para dar cuenta a la abadía de la llegada de la marquesa. A estas muestras de cariño, fingido o real, correspondería la rondeña, antes de su marcha, con la donación de algunas joyas de auténtica valía para ornato de la basílica y de su Virgen, además de una gruesa bolsa de ducados para remediar la situación de la abadía, que no era demasiado próspera.

Apremiada como estaba por regresar a México, conocer el estado de su hijo y si sus fervorosas súplicas y lágrimas vertidas ante la pequeña imagen de la Virgen de Monserrat habían sido de algún provecho, obrando bien en la salud de Agustinito, únicamente esa noche y la mañana siguiente permanecería en la abadía, embarcándose luego con rumbo de nuevo a su mexicano hogar palaciego.

Muy esperanzada se halló durante el interminable viaje de retorno, pensando que sus sacrificios, emprendiendo un viaje tan agotador, de ida y presurosa vuelta, al igual que sus desprendimientos con la basílica, e intercesiones postrada a las plantas de la madre de Dios, podrían tener una correspondencia de los cielos, enviando una mejora al pequeño y algo de consuelo a sus padres.

Como no ocupaba su mente cosa que no fuera esa enfermedad, en ocasiones de desánimo le daba por pensar que, con el mal que comía la salud del pequeño, se castigaba un pecado de sus padres. Los designios de Dios nunca están al alcance de sus criaturas, ni se sabe cuándo será el momento en que estalle su ira, ni a qué se debe su enfado. Dentro de esa impenetrabilidad de sus decisiones, sospechaba Luisa María que Él podría haberse sentido ofendido por el inapropiado y desmesurado nombramiento con el que, cuando su Agustinito contaba poco más de un año, habían dispuesto los virreyes titular a su hijo: «¡Teniente coronel

de la guardia de infantería de palacio!», rematado con un derroche inimaginable en fiestas y dinero para celebración del nombramiento. De ser por ese motivo el enojo de Dios, tenía la esperanza Luisa María de que le aplacaran todas esas expiaciones suyas y las varias promesas hechas si la curación se producía. En ese apenado cúmulo de ofrecimientos, se inscribía, como uno más, el negro sayal benedictino, fabricado a la medida de su diminuto cuerpo, que se traía de Monserrat con la intención de que, si esa mejoría que ansiaba llegaba a tener lugar, nada más ponerse en pie Agustinito, se lo enfundara el tiempo que hiciera falta hasta quedar completamente inmune de la perniciosa enfermedad.

Muy al contrario de la persistencia de sus deseos y de las esperanzas imaginadas, mes y medio después de dejar suelo español arribaría Luisa María a palacio para, transida de dolor, percatarse no solo de que no existía mejoría alguna en el implacable curso del mal que a pasos agigantados mataba al pequeño, sino de un empeoramiento agónico y de que muy próxima estaba la llegada del ángel de la muerte a su adoselado lecho.

Cuando advino el letal suceso, y tras los copiosos llantos y estremecedores lamentos fue requerida la marquesa de las Amarillas para que expusiera su deseo, ordenó entre sollozos que el sayal benedictino que con tan buenos propósitos trajo de España, ya que no en vida, le sirviera de mortaja a Agustinito y le mediara de intercesión a donde se dirigía su alma. Para la exposición del cadáver en palacio, se instaló una cama con gruesas colgaduras de damasco y, en ella, el ataúd, todo de plata, el hábito benedictino en el cuerpo y un collar de diamantes y guirnalda de brillantes al cuello. Todas las órdenes religiosas de la ciudad velaron durante la entera noche los restos del hijo de los virreyes, al que un doble Ahumada constaban como sus apellidos.

Un fundado motivo más, el quedar sin sucesión la línea familiar, para que Luisa María vistiera negras prendas de sentido pesar

y guardara absoluta clausura. Transcurrido algún tiempo, sin embargo, en la nemorosa huerta del obispo, en Tacubaya, donde se había recluso, entendió que ya había llorado y rezado lo suficiente, y que debía acudir a otros paliativos para apartar de su lado el amargor de unos meses de enorme desconsuelo. Llevada su resolución a la práctica, no duró mucho la reclusión de la marquesa, ahora de vuelta a las silentes salas palaciegas. Cuando se decidió a salir, fue como si ella también tuviera sus horas contadas y las que le restaran quisiera vivirlas con la intensidad que correspondía a muchos años de vida. A su modo, de un cerco de olvido rodeó la marquesa su pesadumbre de madre, que no era la convencional, sino reanudando su antigua vida y sus excursiones acompañada de un granado grupo de servidores, en giras a alejados campos, frondosos bosques, caudalosos ríos, tan dilatados que se perdían de vista sus riberas; o a conventos, donde entraba bajo palio y sabía que recibiría donosos obsequios.

Criticada por las damas nobles fue por eso la rondeña, sin embargo, esas habladurías que no cesaban tuvieron materia para hundir aún más sus afiladas dagas, con adversa fama, en las carnes de la marquesa de las Amarillas. En un día para recordar, una mañana de octubre de ese 1756, pasmada quedó la nutrida concurrencia que andaba por la anchurosa plaza. A caballo se la vio salir, montada a la usanza de los hombres, es decir, a horcadas, y vestida asimismo a su manera: con sombrero, corbatín y chupa, algo que en aquellos reinos nunca habían osado llevar a cabo señoras de buena cuna, hispanas o no. No solo ese día, pues fueron muchos, como muchas fueron sus idas y venidas a los lugares acostumbrados, presidiendo una suntuosa comitiva de pajes y carruajes, durante el período de los cuatro años que se iba a prolongar el virreinato de su marido en América antes de caer fulminado por una apoplejía en Cuernavaca en el año de gracia de 1760.